

MIRANDO AL CAMPO

LA BATALLA DECISIVA

Hay que prepararse, trabajadores, para librar en lo que falta de año la batalla decisiva. La batalla que ha de quebrar definitivamente el espinazo de la reacción o la que nos hará caer a nosotros vencidos por un buen rato... Es evidente que las cosas no pueden ir como van. Se tiene demasiada tolerancia con gentes que no lo agradecen y se disgusta y desalienta a los que tienen el heroísmo de defender la República en los pueblos, dejándolos casi abandonados a las venganzas del cacique.

En todos los despachos y negociados oficiales hay emboscados traidores, espiones y agentes antirrepublicanos, que campan a sus anchas y dan la puñalada traperera a nuestras quejas o peticiones más justas.

Esto no puede seguir ya más. Hay que virar todo cuanto se pueda el timón hacia la izquierda, a fin de satisfacer un poco las ansias por las que el pueblo votó el 12 de abril y que hasta hoy solo vemos en la «Gaceta». Y habrá que ir pensando en hacer la revolución en la calle y en el campo, sin guante blanco, sin vaselina, de mala forma, como se han hecho y se harán todas las verdaderas revoluciones.

En los pueblos, los campesinos organizados, los que dan la cara por el progreso social y por la libertad de todos, se mueren de hambre, mientras los detentadores del común, los corraliceros, los ladrones de tierras y sus esquiroleros y paniaguados usan esa misma riqueza robada para asfixiar a los que quieren reivindicar y dignificar los derechos a los pueblos. Es decir, está ocurriendo el absurdo de que los ladrones usan el dinero de sus saqueos y la organización de sus bandadas para meter en la cárcel a sus propias víctimas.

Los ladrones no se irán si no los echamos. Y ya sabéis que para suprimir a un ladrón todos los medios son buenos.

Y vamos ahora a concretar. El trabajador tiene una riqueza, la única que posee: su trabajo. Y él tiene el deber y el derecho de defenderla del explotador. Y así lo hace poniéndole precio y condiciones: las Bases de Trabajo.

Pero el explotador, como el ladrón que se esconde en la sombra, se escuda en su libertad de contratar, que es la libertad de robar impunemente. Y dice a los trabajadores: Yo no doy jornal sino en estas y en estas condiciones y sometiendoos completamente a mi capricho. Y el que no se someta se morirá de necesidad. La bolsa o la vida, o sea un atraco donde la pistola se reemplaza por el boicot y el bloqueo del hombre.

Pero la sociedad justifica que se elimine, como sea, al atracador. Y esa es para nosotros ahora la cuestión. Hay que eliminar, o mejor dicho, hay que desarmar al atracador. ¿Cómo? Quitándole el instrumento de extorsión: la libertad contractual y la tierra mal adquirida.

Y esos serán los objetivos de esa batalla decisiva que anunciamos. Contra la libertad contractual nosotros oponemos una fórmula que está ya aprobada en nuestras Bases Rurales: el turno riguroso.

Y contra la tierra mal adquirida está la Reforma Agraria. Pero el enemigo no es de los que se rinden al primer empuje. Defienden su bolsillo, algo que le es tan caro como la propia piel, y habrá que prepararse a desalojarlo a viva fuerza de sus posiciones.

Es decir, que para esa batalla tendremos que contar ante todo y sobre todo con nuestras propias fuerzas y con la habilidad de prodigarlas donde y cuando hagan falta, batiendo al enemigo de flanco, ocasionándole el mayor daño posible y evitando prodigar nuestras víctimas.

¿Lenguaje militarista? ¿Táctica de guerra? Sí. En guerra estamos y en guerra sin cuartel. Tonto será el que no lo vea y el que, viéndolo, no se prepare para defenderse o atacar, según las circunstancias, al traidor enemigo que nos acecha: la caverna.

Santidades, santos y Socialismo

Los periódicos clericales han publicado con abundancia de detalles el relato de la ceremonia religiosa celebrada en la suntuosa basílica romana de San Pablo, con asistencia del papa, altos dignatarios del Vaticano, cuerpo diplomático, representantes del Gobierno italiano, etc., etc.

La ceremonia pontificia nos ha hecho recordar algunas consideraciones que en un reciente libro, «La democracia», expone el ex-presidente del Consejo de ministros italiano, Francesco Nitti, acerca de las transformaciones de los grandes movimientos de ideas. Sostiene en su libro que los Partidos Socialistas han dejado de ser revolucionarios hace ya muchos años, cosa, asegura, fatal en

todos los grandes movimientos de ideas, como, por ejemplo, la Iglesia católica, aduciendo al efecto la historia de los papas.

Refiriéndose a la iglesia de San Pablo, dice el señor Nitti: «Será siempre para mí un misterio la razón por la cual dicha iglesia, que parece más bien destinada a una recepción mundana, y que no tiene nada de mística, está dedicada a San Pablo, es decir, al apóstol poseído de ardor y de violencia.»

Pues bien. En la mencionada iglesia de San Pablo se encuentran, verdaderos o legendarios, los retratos de todos los papas. Según la lista inoográfica que allí existe, cuéntanse 261 papas, desde el primero hasta el actual.

Desde luego, la lista no es rigurosa porque faltan los papas no reconocidos y los antipapas, que sin embargo ejercieron el poder soberano.

De los 261 papas, hubo 56 en los cinco primeros siglos, o sea hasta el año 1530, desde san Pedro hasta Félix IV. Bueno, pues los 56 papas fueron todos declarados santos. Ciertamente era el período de las grandes luchas, cuando el cristianismo se componía de hombres perseguidos que habían de hacer frente a la acción del paganismo.

En el siglo VI fué cuando la Iglesia comenzó a ser una vasta empresa administrativa y a acumular riquezas, y desde 530 a 999, es decir, desde Bonifacio II a Gregorio V hubo 83 papas, pero solamente 23 fueron declarados santos.

Después del año 1000, cuando la Iglesia desarrolló su poder político y se ocupó preferentemente de los problemas temporales, la santidad de los papas era ya una excepción.

De 999 a 1492 hubo 63 papas, y entre ellos no se cuentan más que tres santos y siete bienaventurados, que es una categoría inferior a la de santo.

Por último, desde el año 1492 hasta la fecha, es decir, desde el español Alejandro Borja—uno de los papas de más negra historia y padre del infame cardenal César Borgia—, pasando por una serie de pontífices de distintas aptitudes, hasta el actual Pío XI, tan preocupado de los intereses financieros, político calculista y amparador de las ditaduras blancas, ha habido 46 papas. De ellos, sólo uno, Pío V, muerto en 1572, fué declarado santo.

Como afirma el señor Nitti, desde hace más de cuatro siglos no ha sido declarado santo ningún papa y sería por lo menos una broma de mal gusto suponer que un hombre tan cínico como Pío XI llegara a ser santificado algún día. De él dice Nitti que es «un bibliotecario, un hombre a quien preocupan los intereses financieros, moderadamente escéptico y cuya actuación, desnuda de ideal cristiano, pero siempre inspirada en la trapacería, recuerda a los banqueros lombardos más que a los santos».

De todo ello concluye Nitti que todo gran movimiento de ideas como el cristianismo, si ha tenido mártires y santos en su origen, acaba por degenerar y no tiene a su frente sino hombres que sufren la influencia del medio.

Partiendo de estos hechos, supone Nitti que el Socialismo seguirá el mismo ciclo evolutivo que el cristianismo, y que en la actualidad, desde que ha llegado a ser un partido grande y fuerte, con grandes organizaciones cooperativas, mutualistas y sindicales, ha perdido a su vez su carácter místico y su espíritu revolucionario.

Nos parece que el señor Nitti va muy de prisa en sus apreciaciones. Por lo menos tendría que esperar otros mil novecientos años para demostrarlo.

Lea usted

La Voz del Trabajo

UN TEMA VIEJO

LA REFORMA AGRARIA

Nos preocupa, con preocupación extraordinaria, el destino que está reservado a la Reforma agraria. No descubrimos nada nuevo si aseguramos que son muchos los españoles que, a estas fechas, se han despedido de toda ilusión con respecto a la realización de una obra que debió pesar considerablemente en la estimación del Gobierno. Si se nos apura un poco estamos dispuestos a confesar nuestro propio pesimismo. Marcelino Domingo nos sabrá disculpar si decimos que la Reforma agraria, por razones independientes de las de su voluntad, no marcha. Su principal cuidado, a lo que entendemos, debería concretarse en descubrir esas razones y vencerlas. Si se dejase aconsejar de nosotros, atribuyendo a nuestro consejo algún valor, nos permitiríamos recomendarle que se encerrase por todo el tiempo necesario al solo efecto de domeñar cuantas dificultades obstaculizan la puesta en marcha de una ley capaz, por sí sola, de dar una nueva fisonomía a España. En tanto que muchos, al solventarse la última crisis, estimaron un error la permanencia de Marcelino Domingo en el ministerio de Agricultura, nosotros dimos en considerar esa permanencia como el resultado de una decisión saludable: la de dar cumplimiento, de un modo razonable y progresivo, a los preceptos de la reforma agraria. Sostenemos ese juicio. Muy fuerte se nos hace admitir que el titular de la cartera de Agricultura termine su mandato sin acreditar más que buena voluntad. Sus más enconados adversarios están obligados a reconocer esa virtud, bien patente en todos sus actos, en Marcelino Domingo. Pero el problema, a estas alturas sobre todo, no es de buena voluntad, sino de realizaciones satisfactorias. Después del tiempo transcurrido no se puede pedir que los pueblos se conformen con declaraciones, discursos ni promesas. Necesitan, si han de conservar la esperanza, de obras cumplidas, de realizaciones sobre las tierras expropiadas. Toda actividad en este punto se nos antojará chica. A nuestra Redacción llegan, cada día en mayor cantidad, cartas de apremio, voces que reclaman una acción urgente.

El tiempo pasa y pasa en vano. ¿Es que podemos continuar así? ¿Es que se piensa abundar en la presente lentitud? No hacemos estas preguntas directamente al ministro de Agricultura. Son, por su importancia, de las que afectan al Gobierno en pleno. Su presidente necesita pararse a considerarlas despacio. La crisis última pudo haber tenido solución distinta a la conocida y en tal caso a estas fechas aquel Gobierno, el actual, debería responder de la no aplicación de la Reforma agraria, motivo más que suficiente para sentirse apesadumbrado. Y si contamos que un Gobierno—todos los Gobiernos—carecen de un seguro de vida, forzoso es que nos alarmemos ante la idea de que la crisis futura nos sorprenda, como la pasada, sin haber puesto en marcha una de las leyes en que mayor ilusión pusieron las Cortes: la Reforma agraria.

Siempre que hemos abordado este tema lo hemos hecho expresando un optimismo que, poco a poco, se ha ido enfriando. Si este suceso lo hemos registrado en nuestro ánimo, supóngase como andará de descaído y sin brío el ánimo de los trabajadores de la Tierra. Es frecuente notar cómo andan de malhumorados y cariacontecidos nuestros compañeros de esa organización. Tienen sus razones para ello. Están más en contacto con los campesinos y saben de su descorazonamiento. De las muchas ilusiones que han pasado al exceso de pesimismo. La palabra se ha desprestigiado para ellos. Se niegan a reconocer al árbol como no sea por sus frutos. Y bien; nuestra pregunta es ésta: ¿Dará frutos la Reforma agraria?

Esta es toda la cuestión. Descartemos la buena voluntad. A estas alturas, la buena voluntad no sirve. Sirve la acción. El dominio del problema, que solo puede lograrse encerrándose con él todo el tiempo preciso para conocerlo en su más recóndita intimidad. El ministerio de Agricultura no tiene ocupación más importante. Si la domina, su titular se habrá salvado; si es dominado por ella, estará perdido y ni uno solo de los centenares de aciertos que en otros problemas haya logrado le serán computados. Es así, no porque lo queramos nosotros, sino porque junto a la Reforma agraria el resto de las cuestiones se empequeñece.

A Marcelino Domingo, no le falta agudeza para comprenderlo así. No le descubrimos nada nuevo. Ni siquiera cuando le recordamos el general escepticismo en orden al cumplimiento de la Reforma agraria. Y bueno es recordárselo, no para abrumarle con un reproche, sino para determinar en él aquella reacción que le conduzca a entregarse de un modo casi exclusivo a poner en marcha una de las reformas fundamentales discurridas por la República. La verdad es que el tiempo pasa y en este dominio de la actividad ministerial las cosas siguen empantanadas.

¿Y qué invoca ahora libertad? Precisamente Roma, el papa, que desconoce la función, la negó siempre a sus adversarios y ni siquiera la emplea como vocablo, en su vocabulario usual. ¿Quién habla de derechos? El Episcopado español, que los negó durante siglos y siglos a todo ciudadano de España y que encendió las piras inquisitoriales contra el derecho de pensar.—R. BLANCO FOMBONA.

La moneda está en alto

No cabe duda que la suerte nos acompaña por todas partes. Nuestra prudencia se convierte en tontería... y esa tontería suicida va dando a la burguesía alas, para elevarse de una manera formidable sobre las leyes de la República continuamente burladas por alcaldes, secretarios y demás chirimbolos hábilmente manejados por los caciques agrarios, por la cléricanalla y por los que temen perder los privilegios que aún disfrutaban a ciencia y paciencia de la clase trabajadora.

Un día se producen los lamentables sucesos de Cañizo, donde perece un obrero, y son heridos otros a consecuencia de los disparos de la fuerza pública, trayendo como consecuencia, el que unos cuantos compañeros nuestros se hallen hoy en presidio, mientras los verdaderos culpables que dieron origen al drama siguen tan campantes. ¡Por algo la justicia sigue aún en sus manos!

Otro día muere villanamente asesinado otro camarada. El alcalde de Faramontanos. Aquí paz... y después ya veremos...

Ayer una pobre mujer es brutalmente maltratada en Aspariego por un grupo de bestias, que se llaman «agrarios» pero que no arañan nunca, lo que no deja de ser una verdadera lástima. Esa debiera ser la verdadera ocupación de todos los asnos cargados de oro.

Hoy tres compañeros que defienden la inmunidad de las Cortes y el principio de autoridad del Gobierno, se ven envueltos en un proceso, amañado por los enemigos del Régimen y la justicia los condena a tenor de lo que dispone un código del siglo pasado. Respetamos el fallo; pero no lo vemos claro.

Ahora mismo en Madridanos la clase patronal, los «agrarios», los que desde hace dos años vienen sitiando por hambre a nuestros camaradas al objeto de deshacer sus organizaciones para poder explotarlos a su placer, y robarles su «cachito» acaban de cometer otra salvajada. Armados hasta los dientes, acechan a nuestros compañeros y, cuando los tienen a tiro, hacen fuego, asesinando al camarada Francisco Lorenzo, vicepresidente de la Sociedad obrera de dicha localidad e hiriendo a otros. No cabe duda que la suerte, la perra suerte, nos acompaña por todas partes.

La moneda está en alto. Por todos sitios se nos provoca, se nos insulta, se nos acorrala y se nos maltrata bárbaramente. La justicia no oye nuestras lamentaciones. No tardaremos en dejarlos oír.

La moneda sigue en alto y estamos decididos a recogerla y luego... a ver qué pasa.

Herminio Asorey Zamora.

Ministerio de Trabajo Previsión Social

Delegación de Zamora

Con objeto de prevenir en lo posible los conflictos de trabajo que en muchos casos surgen por desconocimiento o aplicación inadecuada de la Ley, esta Delegación de Trabajo recuerda a los señores Alcaldes de la provincia, que en los Registros de obreros agrícolas sin colocación que en los municipios han de llevarse, solamente podrán figurar los obreros parados que principalmente se hayan dedicado a las faenas del campo, más debiendo indicarse, respecto a cada uno de los inscriptos, las labores agrícolas que está acostumbrado a realizar y aquellas para las que tenga una especial idoneidad o aptitud.

Al mismo tiempo ha de ser norma general que los obreros forasteros solamente serán preferidos a los obreros de la vecindad cuando aquellos no tengan la necesaria aptitud.

En las faenas agrícolas deberán ser empleados cada día el mayor

número posible de obreros campesinos, con miras a que el rendimiento normal de estos pueda terminarse en el tiempo debido, según uso y costumbre de buen labrador, y a que una vez empleados los obreros de la vecindad aptos para realizarla, lo sean también los de otras localidades. (Orden de 13 de mayo de 1932).

Los trabajos que se realicen en predios enclavados en más de un término municipal serán efectuados con obreros de los respectivos municipios proporcionalmente a la extensión que los mismos alcancen en cada término. (Decreto de 12 de septiembre de 1931, artículo 15).

Para evitar asimismo confusiones respecto a la aplicación de Bases de Trabajo del Jurado Mixto Rural de la Provincia, para general conocimiento se hace saber que interin que sean aprobadas por la Superioridad las Bases de Trabajo que se publicaron en el «Boletín Oficial» con fecha 19 del mes anterior, siguen en vigor las Bases de Trabajo que han venido rigiendo durante el año 1932.—El Delegado Accidental, Tomás Vera Sanz.

PESAME

Las Federaciones Local y Provincial, así como la Agrupación Socialista y LA VOZ DEL TRABAJO, embargadas por el dolor de haber perdido, bárbaramente asesinado por la clase patronal, al compañero Francisco Lorenzo, de Madridanos, envía a la familia de éste su más sincera y sentida adhesión al dolor en que se encuentra sumida.

POR EL CAMPO

La situación mísera del campesino suscita mil y un problema y otras tantas explicaciones de su caótica situación de inferioridad.

Parece desconocerse el proceso seguido por la economía campesina—valga el subtítulo—pues de otro modo no es difícil diagnosticar.

El campo estuvo siempre en un plano de inferioridad, la razón es obvia y al alcance de todo el mundo; era el «modus vivendi» de una clase que le sumía en el olvido o en la opresión.

¿Se liberó el terruño de las garras que lo oprimían? La contestación sobra: sí y no; pero no es el objeto mostrar, que a pesar de que hay tierra libre, hay tierra esclava; y si mostrar que la tierra, aun libre, no rinde al campesino un modo de vida «paradoja» no, realidad.

Sin adentrarnos mucho ¿en qué porcentaje aumentó el coste de la vida desde apenas hace veinte años? demos la salida a favor del campesino, la tierra libre, y veremos que aumentó aproximadamente igual al de los precios de los productos del campo. Siguiendo, pues esa línea el campesino gozaría de la misma situación de aquella no lejana fecha lo que sólo pensarlo nos asusta ¡vivir el campesino en aquella situación ultramísera...! ¡he aquí el problema!

El campesino se incrustó en la cadena de la vida; se quiso hacer hombre, vivir, y por ende rodearse de toda una gama de necesidades que el hombre inferior reputó imprescindibles. Dejó de ser el paria y quiso ser un ciudadano; pero hete aquí con la triste realidad. Mientras el desequilibrio imperante facilitaba la distribución caprichosa, pero abundante de la producción le fue fácil adaptarse al nuevo patrón de vida, pero apenas nace el período de desequilibrio tan característico en este sistema; cuando llega otra vez el pseudo equilibrio esperado—siempre inestable en el capitalismo—el campesino tiene que volver de grado o por fuerza a su situación anterior y ¿cómo perder lo conquistado? ¿cómo abandonar, sin satisfacer, por imperativo de la realidad artificial, aquellas necesidades con que nos habíamos familiarizado y que se hicieron imprescindibles?

Así llegamos a la situación actual, muy justamente el hombre del terruño desea vivir, intensificó sus necesidades, cuando el ambiente se lo permitió, racionalizó su vida, se puso a tono con la situación, recorrió lo que antes le impedirían; pero no se preocupó, o no pudo crear medios de producción, en el mismo grado; la tierra sigue siendo explotada del mismo modo; sobre ella sigue pesando la misma indife-

Estemos preparados

Esto que sucede es sencillamente intolerable. No hay posibilidad de aguantar por más tiempo este estado carnívoro-anarquizante que con sus desplantes y actuación está creando estos agrarios caverna-clerigaluchos facciosos que creen que «Don Dinero» ha de tener la exclusiva imperialista y tiránica en el globo terráqueo.

Que ¿qué pasa? Algo que al parecer no es nada. Pero ese algo pudiera traer consecuencias funestas para el pueblo español.

Se trata pues, de la soberbia más recalcitrante que se ha conocido hasta el presente momento.

Parece ser que el capitalismo no quiere ceder franquía a la razón inmaculada impuesta generosamente por una gran mayoría del pueblo mediante sufragio universal.

Si acaso alguna vez, ha estado representado el pueblo español con alguna legalidad, es en el momento actual. Dónde quiera y como quiera puede decirse a voz en grito que las representaciones de que hoy se dispone fueron nombradas con toda libertad por los ciudadanos españoles.

Y cuando por razón de la soberanía que representa una gran mayoría de los elementos que componen las actuales Cortes, se trata de gobernar algo en democracia, unos cuantos «almas negras», despotas tradicionales monarquizantes empedernidos, clérigos de la caverna y agrarios chupones del sudor de todos los que trabajan en el campo, se ponen de acuerdo para obstruir toda labor legislativa útil.

Por otra parte se prepara una militarada para ver si con ello era posible hacer desaparecer el régimen que con una fuerza de civismo indescriptible se dió el pueblo gallardamente.

De este hecho resultaron algunas víctimas; pero la moderna representación del pueblo, no busco ningún ¡Ferrer! ¡Galán! ¡García Hernández! Aquí no existe apetito carnívoro...

¡Oh!... ¡Régimen! ¡Cuán distinto eres del anterior!...

Pero la bondad empleada por los que en su mano tienen el poder; la fuerza moral que en sus

rencia o la misma opresión, el terruño, esclavo o libre, permanece olvidado y el campesino, hombre de la tierra, se encuentra en el mismo grado de inferioridad manifiesta; con justas necesidades y sin medios para satisfacerlas.

Así vemos todo un complejo económico reducido al resultado de un proceso natural por parte de las necesidades, proceso que tenía que seguir y que de hecho ha seguido todo hombre, pero dificultado por el desnivel existente entre éstas y los medios de producción, que no han seguido parejos a ellas.

En la diferencia o mejor quizá, en el déficit de evolución en la intensificación como base de producción y las necesidades del campesino; está, seguro, el alma de un problema que por su magnitud adquiere caracteres insospechados. Y si esto ocurre en la tierra libre... ¿cómo está el campesino esclavo en tierra esclava? Miseria, odio, anquilosamiento.

Romero

actos ponen estos hombres, ha servido para que sigan siendo víctimas de atropellos constantes los trabajadores en general por parte de toda la rastrería monarquizante cavernaria. Pero aun siendo lo apuntado mucho, no supone nada ante la bravuconería y la acción retardadora de la gentuza adinerada. Los patronos en general están procediendo de la forma más cruel, a éstos les azuzan los adinerados. De esto se desprende la forma de proceder que tienen en la actualidad. Por un lado los salmantinos con Gil Robles y Lamamié de Clairac a la cabeza, desafían y agreden a los trabajadores en los pueblos; coaccionan, se burlan del gobernador y se ciscan en las disposiciones ministeriales. A continuación los patronos madrileños del Ramo del Uso y del Vestido se niegan rotundamente a cumplir las Bases de trabajo. Para continuar la película se hacen solidarios los demás patronos y pretenden declarar el boicot a la clase obrera madrileña.

Y en último caso, los militares de la sanjurjada y sus defensores se insolentan de forma retardadora, y con un desenfado que raya en el extremo de lo cínico, promueven algaradas en pleno juicio oral llegan a insultar al fiscal general de la República, pierden el respeto al Tribunal en pleno y parecen ser los dueños de la situación.

¿Qué pasaría si estos actos que se comentan fueran realizados por trabajadores? La contestación se la dará así mismo el lector. Sin embargo, esta gente se reúne clandestinamente, conspiran, boicotean las leyes de la República, públicamente trabucan de la forma más descarada, y aun se les trata con un respeto que jamás merecieron.

¿Cuáles pueden ser las consecuencias de este trato bondadoso que se da a los de la cueva infernal? ¿Habrá algún San Bartolomé?

¡Cuidado pueblo! ¡Cuidado hombres generosos! ¿Qué pasaría si se volviera la tortuga? ¡Contestad regidores de destinos! ¡No!... No puede continuar esta situación anormal, no puede el pueblo útil ante estos hechos estar con los brazos cruzados, no hay posibilidad de aguantar este desorden neo-capitalista-clericalismo, hay que desplegar la energía necesaria que está encomendada a los pueblos fuertes, y crear un estado de conciencia revolucionaria permanente y con ello llegar a establecer el triunfo de la reivindicación social.

¡Basta de consideraciones con los pertenecientes a la vagancia facinerosa mundial!... ¡Recordar las víctimas causadas por esta lepra social llamada capitalismo!... ¡Fijaos, que en cualquier momento están dispuestos a traicionar y sembrar el suelo de cadáveres estas «hienas» hambrientas de sangre!...

¡Tened presente que el pago que recibiríais a vuestro noble proceder, sería el asesinato cobarde, miserable, ruin!...

¡Alza la cabeza, pueblo generoso, no permitas la continuación de actos de bandolerismo pirata!...

¡Rebeldía!... ¡Revolución!... ¡Viva el imperio del trabajo! ¡Sepulcros la tiranía para siempre!...

CAFE SEISDEDOS vinos y licores
BAR SEISDEDOS de todas marcas

Café exprés y copa de coñac a

0'45

0'20

Vermohut con aperitivo

0'20

Recomendamos este popular BAR a la clase trabajadora

Peleagonzalo

El absurdo legal

En una sociedad perfecta, escribió el profesor Vaccaro en «La génesis y función de las leyes penales», las leyes penales, al menos como actualmente existen, serían inútiles, odiosas y repugnantes, y el delincuente sería tan raro que se podría fácilmente combatir con medios suaves y humanos».

Las actuales Cortes Republicanas siguieron decididamente esta orientación y desde luego, suprimieron la barbara pena de muerte.

¡La pena de muerte! A ella eran condenados sin forma de proceso y sin apelación millones de soldados a los cuales no podían sus enemigos acusar sino de reverenciar a su patria. Y se lanzaban sobre las bocas de los cañones a pecho descubierto. Y morían contentos; no les fué prometida la inmortalidad; sabían que no perecer nunca sería demasiado dolor. Lo que para sus verdugos era un baldón, para ellos era motivo de gloria. Cuando un inocente perece, halla compensación a la perspectiva de la sombra infinita en la luz inextinguible de la propia conciencia. Por eso no puede la muerte aterrar a los elegidos; todo muere. ¿Por qué se na de ser una excepción en la mecánica universal?

Pero la afrenta... ¿En virtud de qué principio eterno, de qué ley subjetiva, de qué orden jurídico se condena irremisiblemente a la infamia a quién no ha infringido la menor regla de conducta? ¿Por qué el hijo del ajusticiado ha de ver cómo las miradas de los hombres se apartan de las suyas con espanto y horror? No se invoque la herencia fisiológica; la herencia es un factor en la formación de la individualidad; no es único, ni siquiera de los más importantes. ¿Quién puede asegurar que no hay en su árbol genealógico un idiota o un criminal nato? En la genealogía de un Dios está Abrahám, que repudió a su esclava inocente después de mancillarla; está Noé, que cayó en la embriaguez; está Adán, que desoyó el mandato infinito. Pero para lavar todas esas manchas hubo un Jordán y un Gólgota. No preguntéis de quienes nacieron los hombres; los conoceréis por sus frutos: son hijos de sus obras; tienen su linaje en su propio mérito.

De aquí la angustia que produce la contemplación de los hijos de los ajusticiados o de los indultados de la última pena. Se ve en ellos una tremenda, una inconcebible injusticia social. Tal es la explicación de nuestra sumisión resignada a la guerra que mata a los hijos de dos o tres millones de madres, y nuestra rebeldía ante la paz que denigra sin motivo a uno solo. En las tablas del Sinaí faltó un mandamiento: «No infamarás». Porque Moí puede ser conforme a la ley divina; vivir en la abyección injusta y en la vergüenza inmotivada no cuadra ni a lo eterno ni a lo temporal, ni a Dios ni a los hombres, ni a la Tierra ni al Cielo.

Todos los hombres debiéramos llevar los nombres de los hijos grabados en la mano derecha, para que no pudiéramos realizar ninguna acción vergonzosa sin recordarlos. ¡Qué dolor! No podemos transmitir el talento, la ortaleza, la constancia, la aptitud, el saber, y un momento de ofusación basta para que podamos transmitir la infamia. Puede no ser admirado el hijo del artista, ni

Información de la provincia

reverenciado el hijo del sabio, ni respetado el del virtuoso, ni temido el del fuerte, mientras no hace patente que es tan sabio, tan bueno y tan fuerte como él. Pero el hijo del criminal lleva como herencia irrenunciable, la afrenta. ¡Y no pensamos ante este horrible absurdo antes de precipitarnos en el vicio o en la maldad, y nos revolvemos contra la injuria más insignificante y no nos dejamos clavar en la cruz! Aquí estamos honores para nosotros y vergüenzas para los demás.

Podemos derrochar la fortuna que ganamos con nuestras manos y disparar los bienes que nos procura la fortuna; lo que no podemos hacer es privar a los hijos ni siquiera en un tercio del baldón que hemos merecido y en que ellos no tuvieron la menor responsabilidad. Digan cuanto quieran los jurisconsultos, el problema sólo encuentra una solución: suprimir las penas afrentosas, convertir el castigo en corrección, la pena en enseñanza, en rehabilitación, en merecimiento. Cuando Alfonso Karr pretendía que, para suprimir la pena de muerte era menester que lo hicieran primero los criminales; hablaba como novelista, pero no como moralista ni como hombre de corazón. Desde luego al hacerlo, no tenía hijos. ¡Que comiencen los criminales! Pero la sociedad no tiene por qué tomar ejemplo de los criminales, sino de los sabios y de los virtuosos. Una Sociedad, un Estado jurídico no puede esperar para dictar leyes, crear instituciones y asentar y hacer cumplir preceptos de justicia a que los discutan y aprueben los más abyectos de sus miembros.

Los hombres, para escribir libros, no han esperado a que los escribieran las fieras, ni para levantar catedrales a que las construyeran los topos. Precisamente porque los criminales maten, la sociedad no debe matar; porque ellos no piensan en sus hijos, debe la colectividad ampararlos, a cubierto de la infamia y de la miseria, rehabilitarlos para sentir y no dejarlos de su mano hasta convertirlos en ciudadanos útiles y ha ser posible eméritos, para que ser hijo de un asesino equivalga a ser un hombre que estudia mucho, que trabaja mucho, que vivan en un margen de educación severa y que sabe ganarse su honor y su pan.

¿Para qué discutir la pena de muerte—se dirá—cuando la guerra extermina a los hombres en rebaños? Ya lo he dicho al principio: porque la guerra hace sólo huérfanos; pero el tablado del verdugo hace parias; porque los hijos de los soldados pueden mostrar su orfandad con orgullo y los de los ajusticiados tienen que esconderla, con abatimiento y rubor; porque la guerra, en fin, es obra de caudillos, de ambiciosos y de inconscientes; pero la justicia tiene que ser obra de legisladores, de pensadores y hombres de bien.

Y ¡ay de todos si la justicia no es una protesta contra la violencia, iracundia y el arrebat! ¡Triste de la Humanidad si las leyes se inspiran en los rencores y las asechanzas de las trincheras y de los campos de batalla! La guerra encontrará justificación perdurable; no se detendrá ni aun en los sacrosantos dinteles del Foro y del Areópago; teñirá de sangre

las aras mismas. Y en medio de los horrores y de las miserias de la vida, faltará el consuelo a los hombres de saber que hay una aspiración colectiva hacia la rectitud suprema y un amor inefable y perpétuo a las causas eternas del vivir.

Un radical socialista

Peleagonzalo, 3 julio 1933.

Sanzoles

Las beatas dudan
(Comentario dialogado)

—Buenos días, doña Crispula.
—Hola, Antonio ¿cómo no has ido hoy al trabajo? ¿es que vas a secundar tú también la huelga?

—Sí, señora: soy socialista y es un deber de compañero posponer mi ideal al de mis compañeros.

—¿Y qué es lo que piden de esta vez los perturbadores del orden?

—Algo que usted no concibe, el pueblo enardecido por la opresión y el hambre se lanza a la huelga pidiendo aumento de jornal y colocación de los parados.

—Sí, sí. Lo de siempre, estamos hartos de que se pida tanto; nuestras iras se remontan, y la iglesia es nuestro único consuelo, orar, sí; para que vuelvan nuestras ilusiones y con ellas las ampulosas virtudes de holgura, de abundancia, de placeres.

—Ya, ya; todas estas virtudes serán reemplazadas con la iglesia en premio de su bondad por un lugar apacible, el sexto círculo del infierno.

—No se burle Antonio, atienda: nunca por su mente habrán pasado temores de ninguna especie pero en mí sí, cuando la monarquía reinaba vivíamos en un régimen de protección, todo era paz y concordia en nosotros, nuestra libertad especialísima era la madre de nuestras virtudes (el abuso), la iglesia formaba parte del amparo de nuestros intereses, acudíamos pocas veces, alguna que otra cuando oíamos que en alguna capital el hambre impulsada al «maldito obrero» a atentar a nuestros intereses acudíamos a rezar para que se castigasen los atentados. ¡Oh! la iglesia entonces era la coraza donde se estrellaban las iras del pueblo hambriento, el amparo de nuestros intereses y...

—Basta doña Crispula, y nosotros ¿qué eramos? nada sino la forja de sus riquezas, nuestras mujeres la presa donde se encarnizaba la barbara lujuria de sus maridos y nuestros hijos el hambre que se arrastraba por sus puertas y que ustedes socorrian con un dios te ampare o con unos miserables céntimos, todo era una potente muralla de riqueza cimentada en la miseria y en la pobreza.

—Qué exagerado es usted, Antonio, yo todo lo explico en el ambiente de un buen régimen y mejores sentimientos, pero atienda un momento; desde que advino la República, el Gobierno antípoda del pasado no hace más que promulgar leyes en favor del obrero restando parte de nuestra riqueza que con ardidés y sin contempliciones hemos adquirido, con cautela hemos conservado y por esto vemos que estas leyes son ilegales y cuando todo es desconianza miramos todos los medios de combatir éste régimen que se ha traslimitado a suspender la paga de culto y clero, el papa se

debate en la desesperación y hasta sus ministros dudan de su santidad, nosotros no damos jornal ni limosnas para que aumente el número de los parados, ayudamos a empresas reaccionarias y que creo que es lo último que pudiéramos hacer para dar el exterminio a la clase proletaria, ya nos cansa todo; vamos a la iglesia para rezar confiando será nuestra salvación pero ya la duda se sucede a la oración y creemos que el pueblo ha despertado del letargo y en medio de nuestras más fieras crueldades remontarán sus iras y combatirán nuestros privilegios.

—No, lo juro, doña Crispula, a todos los puntos que se toquen de su sociedad hipócrita demuestran sus sentimientos, sus soberbias moradas son el escarnio de la morada pobre, su marido se pasa su vida en cabaret, en bailes, viajes, etc, sus hermosos cachorros pasan sus estudios en la ciudad donde aprenden más de placeres que lo que rebela la ciencia, usted por la mañana va a misa donde saca amplios comentarios en observaciones de postura sale y con su alma en su armario recorre a sus compinches conversando si las sardinas que comió fulana fueron fritas o asadas, o que si ésto o lo otro es verdad porque lo dijo fulana y así se pasan la mañana en dulce sosiego, en realidad son una familia impia, si en conversación se hallan con usted no le hable del amor sino es sexual, no le hable de sacrificio como no se haga en aras de sí mismo, no le hable de patria como no sea para averiguar la manera de tragársela, su satisfacción consiste en el placer de un baile o en la vanidad de un aplauso, en fin, no le hable de otra cosa que no sea para hacer política o dinero. Esta es doña Crispula la filosofía de su sociedad, de que el obrero se ha dado cuenta.

—Basta, Antonio; mentar la so-ga en casa del ahorcado es renovar mis desilusiones.

—La verdad ante todo; de la semilla de la esclavitud y de la ignorancia que ustedes esparcieron surge el árbol del saber y de la libertad.

—¡Oh!, ¡oh! como está el mundo...

—Según sus circunstancias le han puesto.

—¡Ah! Iba a ir a la Iglesia, pero... me parece tarde.

Adrián García

Sanzoles.

Manganeses de la Lampreana

La U. G. de T. a la opinión pública

¡Ciudadanos, alerta!

La ambición, el egoísmo, la tiranía de la clase capitalista, apoyada por la clase patronal pueblerina, los manejos caciquiles, la incapacidad y falta de energía de las autoridades, algunas disfrazadas de republicanos, pretenden acorralar a la clase trabajadora, sitiándola por hambre, sin darse cuenta que la miseria de estos, les arrojará en su rostro la falta de humanidad tantas veces por ellos pregonada haciéndoles ver es imposible hacer campaña con nuestra incultura por haber sido ellos los factores que a ella contribuyeron y estando por lo tanto interesados el legar a nuestros descendientes una situación

más equitativa tanto económica como cultural.

Nosotros, carentes de cultura, pero con sentimiento humanitario en sumo grado, deseosos de llegar a fraternizar en toda clase social y poder disfrutar de la igualdad relativa y proporcional a que hay derecho a alcanzar en todo estado modernamente organizado y civilizado, hemos agotado todos los recursos de transigencia, lo que la clase patronal le sirve de fuente de mofa y base para el cumplimiento de sus planes inicuamente concedidos bajo el dilema «La República ha sido buena, nos rebajó la renta al líquido imponible, ahora solo nos falta sitiar al obrero para que siga siendo nuestro esclavo». Los que así piensan, olvidan, o quieren olvidar, vivimos en una República de trabajadores de todas clases. Esto nos obliga a decir, si los patronos de sentimientos nobles, humanitarios y honrados nos tienen a su lado con nuestra humanidad, nobleza y bondad, pero los hipócritas, farsantes que indignamente se cubren con la cruz del que dicen adorar y le ultrajan, sepan nos tienen enfrente, no dispuestos a que se adulteren las leyes sociales y a defender, contra sus egoísmos y tiranías nuestros derechos, y lo que es más sagrado, el pan material y espiritual nuestro y de nuestros hijos. Ciudadanos: patronos, y obreros, de Manganeses, queremos el deslinde de campo, quite-se la careta todo el mundo, y con la luz meridiana véase quien es el indigno que a las sombras es factor de nuestros engaños, ayer con la siega de la cebada, hoy con la del trigo y mañana como antes, con otras cosas, estamos sufriendo un boicot precursor de la anemia de nuestras mujeres e hijos y causa de nuestra lenta, pero cierta agonía.

Para que esto no prosiga, para defender nuestros derechos puesto que cumplimos nuestros deberes, es por lo que declaramos la huelga. ¿Cuánto ha de durar...? Los patronos tienen la palabra... Nosotros seguiremos nuestra conducta de transigencia y amor, pero firmes en la defensa de nuestros derechos.

Obreros: ¿Queréis salir de la esclavitud y alcanzar la reivindicación de la clase? Asociaros, formar un sólo cuerpo social, puesto que la clase patronal se une.

¿No veis cómo se dan el brazo aquellos que durante el tiempo de la monarquía se odiaban? pues nosotros, clase sufrida y explotada, nunca nos hemos odiado, más fácil es la unión y más necesaria cuanto más desheredados hemos estado.

Ciudadanos, a la unión, obreros, a defender se cumplan las leyes que el socialismo ha conquistado por nosotros y para nosotros.

¡Viva la República! ¡Viva el Socialismo! ¡Viva España trabajadora y honrada!

Manganeses de la Lampreana, 5 de julio de 1933.—Por la Sociedad de Trabajadores de la Tierra de Manganeses de la Lampreana, El Comité, Felcísimo Martín, José M. Casado, Ceferino Temprano, Celso Molinero, Claudio Barrio, Daniel Pérez.

Todo original que nos remitaz ha de venir escrito por una sola cara y claro. Aquí el trabajo nos agobia

SUSCRIPCIONES:
 Zamora, semestre..... 3,00 ptas
 Fuera de la capital..... 3,00 —
 Pago adelantado

LA VOZ DEL TRABAJO

Para publicidad pidanse informes al Administrador
 Toda la correspondencia debe ir dirigida a la Administración

Redacción, Administración e Imprenta: Castelar, 29

MUCHA LITERATURA

En diversos periódicos socialistas de nuestro país se ha publicado un artículo que procura refutar los argumentos de otro que anteriormente había inserto en las columnas de «Renovación».

No hubiera yo sacado el tema del marco limitado en que lo encuadré al dirigirme fundamentalmente a los jóvenes socialistas. Pero ante la mayor difusión que adquirió no hay más remedio que situar la respuesta en el mismo lugar.

Las organizaciones juveniles socialistas integradas en su mayor parte de elementos que aspiran a ser socialistas—los que lo son tienen su puesto en el Partido—forman una masa sobre la cual es necesario trabajar con un concepto muy exquisito de la responsabilidad. De ahí que aquellos que ocupamos puestos de dirección en las mismas tengamos que pensar muy mucho nuestra actitud para no producir efectos contraproducentes. Preocupación que no embarga a quienes consideran que toda la labor estriba en hacer unos cuantos artículos literarios tras los cuales no hay contenido práctico alguno.

¿Cual fué la causa de que yo me viera obligado a escribir el artículo que ha dado origen a tan viva crítica? Lo decía en las primeras líneas del mismo. «No es raro ver en algunos puntos de España a grupos de militantes que se han encariñado con una idea, la de que se impone la dictadura del proletariado, y que a ella consagran todo su pensamiento. Lo cual no tendría más que una importancia relativa si no ello tuviera como consecuencia las actividades precisas para un normal desenvolvimiento de nuestras organizaciones».

En estas breves líneas queda contenido lo sustancial del trabajo que tanto enojo ha causado en los grandes definidores literarios del marxismo que nos ha salido ahora.

¿Es este el momento en que la actuación de la Juventud proletaria y principalmente de la socialista puede conformarse con hallarse en actitud de espera a que llegue la dictadura del proletariado, como se espera la llegada de un Mesías? O por el contrario, ¿no es necesario ir creando la conciencia socialista constructiva que nos permita dar al traste con el capitalismo?

Estos son los dos términos del problema. El articulista que se ha dado el gusto de defender una teoría que nadie ha combatido. En lo que si nos hemos diferenciado es en la táctica.

Lo que yo discuto es la posibilidad, no la necesidad de llegar a establecer la dictadura del proletariado en nuestro país. Y dentro de la posibilidad no descarto que llegue un momento en que nos veamos obligados a tener que utilizarlo frente a peligros mayores.

Pero ¿qué tiene que ver esto

con que estemos hablando incesantemente de nosotros sino de las propias circunstancias económicas y políticas del país?

Y para que nadie pueda decir que esto es distinto de lo que sostenía en artículo anterior que venimos haciendo referencia, reproduciré unas cuantas líneas del mismo: «Hay quien supo de la posibilidad de que un día, por un golpe de mano, los socialistas ocupáramos el Poder y desde allí realizáramos una labor socialista. Ello es posible. No descarto la idea, si las circunstancias así lo exigieran. Pero de eso a fomentar la idea en nuestros camaradas de que es el único camino hay un abismo».

Considero grave el que nosotros, jóvenes, nos metamos a definidores de doctrina. Y lo es porque la doctrina, lo he dicho ya, no es un catecismo con preguntas y respuestas, que trae la solución a cada uno de los problemas políticos que se presentan a cada instante, sino un método de investigación que permite tener un rumbo de orientación en el estudio de las circunstancias políticas y económicas.

De ahí que yo no acepto el que hablemos de vanguardia juvenil en la orientación ni mucho menos el que uno de nosotros hablemos de «hacer una exposición lo más clara posible del valor y significado de la dictadura del proletariado y que me quede con el sentido del párrafo de Kautsky inserto en mi artículo y que dice así: «Blanqui creía en la posibilidad de apoderarse del poder por medio de la conjura, de la revuelta organizada por una minoría, para ponerla enseguida al servicio de los intereses proletarios. Marx y Engels, al contrario, reconocen que una revolución no se hace a voluntad, sino que se produce necesariamente en condiciones determinadas, y que es imposible en tanto que esas condiciones que se elaboran poco a poco, no se hallen reunidas. No es más que donde el sistema de producción capitalista alcanza un alto grado de desarrollo donde las condiciones económicas permiten la transformación por el poder público de la propiedad capitalista de los medios de producción en propiedad social; pero, por otra parte, el proletariado no está en condiciones de adquirir el poder político y conservarlas que allí donde es una masa patente, indispensable en la economía de un país, en gran parte sólidamente organizada, consciente de la posición de clase e instruida de la naturaleza del Estado y de la Sociedad».

Aquí queda resumida, a mi juicio, nuestra posición. El trabajar incesantemente por conciencia en la clase trabajadora para que sepa desposeerse, en primer término, de su egoísmo individual, aprendiendo a luchar en unión de sus hermanos de explotación, para que sepa que antes que hablar de derechos tiene que pensar en los sacrificios que hay que realizar, y para que cada uno tenga una noción clara del papel que tiene que llevar a cabo ahora y más adelante. Ahora para preparar las condiciones necesarias para llegar a la transición del régimen económico y después para desempeñar el papel que en la sociedad colectivista se le asigne.

Esta labor es la que corresponde a las Juventudes. Labor práctica realizada en el seno de las colectividades obreras y socialistas.

El autor del artículo dice que «nosotros esperamos que las condiciones se den por si mismas como fruto que son de la dialéctica de la Historia». Efectivamente estas circunstancias han de darse. Pero la obligación nuestra no es estar parado haciendo solo literatura sino luchando incesantemente para acelerar el momento de transición y que ésta se realice con la menor violencia posible. Lo demás no es más que fraseología y ser muy revolucionario de papel. De los que como decía ya hemos conocido bastantes en las filas juveniles socialistas y de los que afortunadamente siempre nos hemos podido librar.

Mariano Rojo

BAR AVELINO

La Casa más surtida en los artículos de su clase

0'20, Vermut con aperitivo, 0,20

Mariscos todos los días

- Bocadillos surtidos -

San Andrés núm. 13 - Zamora

De mi vida

Derribemos al tirano

Recuerdo que un día de verano, y cuando el sol parecía minar la vida con su ardorosa ineluctablemente, paseaba yo por entre el laberinto amenazador de unas callejuelas estrechas y antiguas, cuya vejez pedía una reparación para poder seguir viviendo en el concierto moderno de las grandes vías. Y al volver de una curva sinuosa que formaba en el medio de su augusta extensión, me encontré con un triste cuadro que formaba la amargura de la calle y que impresionó hondamente mis sentimientos henchidos de amor hacia el que sufre.

El golpe acerado del martillo repercutía en las bóvedas de los portales y su eco metálico vagaba con una estela de sonido que parecía quejarse y buscar un asilo que le salvase de las desgracias que allí se sucedían.

Rápidamente espé mi mirada para ver donde aleteaban los martillazos y asomándome a un hoyo escarvado en la calleja ví dos hombres de músculos fibrosos que se esforzaban en el trabajo. Era tal el esfuerzo que vertían y el arrobamiento moral que reflejaban en su semblante que casi causaban llanto de compasión y lástima; porque aquellos seres tan hombres como los demás estaban sumidos entre el trabajo inconsciente y el desdén, haciendo de su vida una miseria de camino y de las rosas de su dicha un erial sembrado de espinas e ingratitudes.

Parecían esclavos del molino que permanecían todo el día soportando el mortuorio castigo causante de su muerte, y el sudor que venía a humedecer su piel abrasada les quemaba aún más el cuerpo absorbido por las

lentas ráfagas de aire caldeado que cruzaban el ambiente.

No parecían dar síntomas de vida racional; semejaban a bestias uidas al yugo de las peores cargas por la ciega obsesión de sus instintos, y sin embargo, aquellos animales eran más buenos que los otros hombres, dejaban hervir en su conciencia las más grandes aspiraciones, tenían anhelos de un mejoramiento material, moral e intelectual y dirigían auspicios al bien de la humanidad, a la felicidad de sus hermanos y a la filantropía, madre de todas las miras honrosas que dimanan del alma del que siente.

Me preguntaba yo cual era la causa del asentimiento con que amparaban ellos mismos su existencia luctuosa, y comprendía que la tirantez suicida de una casta infame vulneradora y putrefacta, regocijada de placeres, les acometía con la furia de su hipocresía para destruir su organización, para causar los tormentos terribles que produce el hambre para invertir la iniciativa de su inteligencia en sentencias traidoras que habían de acallar los clamores de los desheredados, para causar el espanto y la lujuria en ellos y hacerles mirar con ansias de poseerlo, el cuadro hermoso de dichas y venturas con que le brindaban excitando su envidia y apetitos, yendo así a parar, sin saberlo a manos de los que habían inoculado en su existencia las maldiciones que sus mismas almas depravadas merecían. Las reflexiones me hicieron concebir más pena y la locura de mis fuerzas yacientes tuvieron entonces una masa vilipendiada por sus mismos actos los dardos justicieros de su impetuoso deseo de volcar su luminosidad para desterrar de la tierra aquella, existente aun, mancha negra de seres que desprestigian nuestra especie teniendo por bastión la esperanza truncada de los que gimen. Y desde aquel día odio al rico, al que posee cantidades fabulosas de dinero, al que vive en palacios señoriales rodeado de la sombra afrodisiaca de sus jardines; desprecio a los que explotan a los hombres, a los que se avergüenzan al mirar a la cara de un obrero, al que le repugna el manchar su vestido con la cal de las ropas pordioseras, al que todo lo tiene, al que considera como mérito la vanidad y la ingratitud para el de abajo como bandera; y yo quisiera decirles, no solo que nos denigra a los hombres, sino que desearía verlos un día cercano a todos juntos y coger entonces la guadaña de la ley para moverla horizontalmente y segar las cabezas que incubaban las miserias revestidas con un cortejo deslumbrante de lacayos.

Los ricos tenían la culpa de que aquellos seres murieran en el hoyo del cual salían los golpes del martillo; ellos, aferrados al hierro de la esclavitud sufrían las miserias y el quebranto; y ya no podían tener a menos aquellas reflexiones; y por eso, volviendo enseguida mi cabeza, marché a paso rápido pensando en la deificación del hombre y en el hacha que había de tronchar la existencia de los traidores a la causa de la redención...

Angel Martín Rodríguez

LACRAS...

Los retardarios, moluscos adheridos al peñón de ayer, son quienes con más tesón defienden las tropelias cometidas por esos fantasmones crueles y sanguinarios que se hallan ya bailando la baraunda final.

Mas en sus últimos estertores de fiera mal herida, se resisten a abandonar su presa y para ello lanzan su aliento fétido al pueblo, por si este pudiera aun recibir el contagio del mal que ha hecho de ellos un conjunto de lacras y pús, un cuerpo vivo que se arrastra por el Mundo convertido en una masa informe de materia putrefacta.

Sus últimas acciones solo un fin tienen, ennegrecer las conciencias femeninas, por ser lugares circundados de murallas asequibles, al único asalto que como sátiros impotentes pueden efectuar.

Lo que hundieron en el lodo y salpicaron de fango, quieren hoy elevarlo al lugar que siempre debió ocupar y que otros (por ellos vilipendiados) hicieron ya subir a ese pedestal.

Cuando sobre ellos ven cernirse la nube negra que al estallar en tormenta los destruirá, se dedican con su corte de beatas histéricas y jovencitas cachondas, hacer un verdadero derroche oratorio, en el que presentan a Jehová como un ser bilioso que ha de arrojar sobre España su maldición, en forma de erupción preñada de sapos y culebras. Será sobre la raza idiota, más la raza nueva salida del vientre de la España vieja, se carcajea ante esos desplantes de flamenquismo ridículo.

Farsa, todo farsa, la vida de ellos solo es una comedia vil y dañina, y de la ignorancia de esas pobres mujeres de cerebro ignaro, y de la falta de raciocinio de la impubertad, es de lo que tienen ya que valerse.

¡Mujer! siempre escarnecida, tiranizada, te hicieron preferir el ergástulo donde se acuesta el esclavo, por el lecho donde reposa el libre. Abominaron de ti, arguyendo que el pecado tenía su cuna en tu corazón. Fuiste considerada como objeto de placer, como un trozo de carne donde satisfacer sus instintos de bestia lujuriosa... Y eres tu, la que siempre estuviste sometida a su poder de misa negra, quien para retenerles la vida que se les va, te rebajas a lamerles las postemas de su lepra. No eres mujer, eres una atrofia de mujer.

¡Pobres mujeres! que embriagadas en bacanal eclesiástica os resistís a abandonar esa corte de voluptuosidad.

Huir, y vuestro hogar dejará de ser un semillero de discordias. Levántate, mujer, y sé un momento... MUJER, separándote de los que han de morir ametrallados de m... y a los que el espíritu de un tuberculoso servirá de sudario.

M. Velayos P.-Cardenal

Galicia, julio 33.

Leed y propagad

EL SOCIALISTA

Lea usted

La Voz del Trabajo